

LA FULGENCIA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS

POR

NTA DELEGADA
DEL

EZ DE ARELLANO.

ORO ARTISTICO

os depositados en la
iblioteca Nacional

Procedencia

LORRÁS

o de la procedencia

MADRID

OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

hallará en las Librerías de Quiroga, calle
Carretas y de la Concepcion Gerónima.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTORES.

CON GERÓNIMO DE BARRIO. SEÑOR FRANCISCO BACA.

CON MATÍAS DE BARRIO. SEÑOR ANTONIO PINTO.

CON LUIS, sobrino de ellos. SEÑOR MANUEL GARCIA PARRA.

CON PEDRO AVENDAÑO. SR. ANTONIO PONCE.

CON FRANCISCO BARGAS. SEÑOR JOSEF OROS.

DOÑA FULGENCIA DE BARRIO Y DOÑA ROSA DE BARRIO, hermanas. SEÑORA RITA LUNA, Y SEÑORA JOSEFA VIRG.

JUEZ. SEÑOR JOAQUIN CABRERA.

MAYORDOMO. SEÑOR ALEXANDRO AGUI-
AR.

721347

UN CRIADO. SENOR JOSEF GARCIA UGALDE

UNA CRIADA, que no habla.

RONDA DE ALGUACILES.

ACTO PRIMERO.

Vista corta de alameda, que represente la del Prado: salen Don Pedro y Don Francisco con capas, y representan paséandose con inquietud.

Franc. Ya degenera en insulto silencio tan obstinado:
ó me dices lo que tienes,
ó echo por el otro barrio.

Pedro. Esto es desesperacion:
de mi paciencia me espanto:
no sé cómo no me ahorco.

Franc. Arboles hay en el prado;
y lo que es cordel, no es cosa
difícil proporcionarlo:
pero en suma, ¿qué tenemos?

Pedro. No tener.

Franc. ¿Ese es el caso?

Pedro. ¡Quando mas lo necesito
sucederme este trabajo!

Franc. ¿Con que jugaste?

Pedro. Jugué.

Franc. ¿A la banca?

Pedro. ¿Pues no es claro?

¡Si ese maldecido juego
me tiene precipitado!

Franc. ¿Y dónde fué?

Pedro. En los infiernos.

Franc. Caliente estaría el cuarto;

pero si los dos á noche

á las diez nos separamos,

¿á dónde fuiste á tal hora?

Pedro. Al doblar el esquinazo

de la calle de la Greda

para la del Turco, el diablo,

porque no puede ser otro,

me presentó á Don Bernardo

Contreras, le saludé,

y me dixo: ¿tan temprano

os retirais? Respondile:

¿qué he de hacer? Seguid mis pasos,

replicó, porque tenemos

en esa calle del prado

una famosa partida

con que entretener un rato

la pesadez de la noche:

resistime, fué importuno;

él expresivo, y yo blando

de corazon, le seguí

hasta el funesto teatro.

ranc. ¿Y era célebre el concurso?

edro. No estaban los maestreros de profesion; pero habia valientísimos lagartos.

ranc. ¿Quién tallaba?

edro. Lucifer;

porque semejantes manos solo suyas ser pudieran: no he visto mayor gazapo en los dias de mi vida.

¡Qué fino! ¡qué cortesano!

Y tuerto del ojo izquierdo.

ranc. Pues hombre desalumbrado,

¿cómo querias ganar?

¿Ignoras del castellano proverbio la certidumbre?

edro. Quál es, que yo no lo alcanzo.

ranc. Nunca tengas fé en los coxos,

ni esperanza en corcobados;

y si un tuerto halláres bueno, atribúyelo á milagro.

Mas vamos á la sesion, que este es término asentado de todos los profesores en el docto diccionario.

¿Qué hubo?

Pedro. Quando llegué
ya el juego habia empezado:
resistime por tres tallas;
pero ví tan declarado
un siete, que sin poder
contenerme á la otra mano
salí con onza por punto
sobre el naype: barajáron,
y se principió la talla
con tan seductor halago,
que el siete vino á la izquierda
al primer golpe tirado:
iba de pároli, como
lo acostumbro en tales casos,
y vino el segundo siete
á perder; con que voláron
mis siete onzas sin remedio:
seguí el tercero y el quarto,
y á la derecha viniéron:
salí luego con un quatro,
y vino á plie; de manera,
que en la talla me sopláron
mis veinte y quatro medallas,
dexándome atolondrado.
Nueva talla, nuevas cartas,
coxo mi naype, barajo;

y me salen á la suerte
una sota y un caballo:
tengo azar con las figuras:
vuelvo á barajar, y saco
un as y un cinco, por señas
que los dos eran de bastos:
puse diez onzas sobre ellos,
y al primer golpe que echáron,
el cinco salió á perder,
y á ganar salió el caballo:
en fin, para no cansarte,
en la talla se ganáron
tres caballos y dos sotas,
y se perdiéron los quatro
cinco, y un as de seguido:
la banca quatriplicáron,
y dexarla no quisieron
hasta dexarme pelado.
amanecié quando ya
me hicieron noche mis quartos:
perdí doscientas medallas,
al salir echando tacos,
me tropecé en un escalon,
y baxé todos rodando;
ya ha tres horas que aquí estoy
y no saber lo que me hago,

maldiciendo mi ventura,
al tuerto y á Don Bernardo.

Franc. Pero hombre, dí, tú que has sido
el temeron de los guapos;
el profesor mas sublíme,
mas profundo, y el mas sábio
del código de los naypes,
á cuya flexible mano
no hay en las quarenta y ocho
una que no salga al lado
que tú quieras, tanto que
por tu finísimo tacto
Don Pedro el desfilador
ha habido quien te ha llamado.
¿Te vas ahora á apuntar?
¿Qué mas hiciera un muchacho,
que de los verdes tapetes
los círculos no ha cursado?
Ahora sí que encaxaba
exclamar en tono alto,
¡que á quien es perro tan viejo
le hayan dado tal gatazo!

Pedro. No me apures la paciencia,
quando yo estoy renegando
de toda mi casta entera,
que qualquiera por mas cauto

que sea, suele meterse
alguna vez.

anc. Tan de plano
no lo creo; pero en fin,
lo que mas he admirado
es que por doscientas onzas
pueda llegar á resentirse tanto,
que así se pierda el respeto
en Don Pedro de Avendaño,
rico mayorazgo en Chile,
hombre lancebo ilustre y gallardo,
antes en visperas de ser yerno
de Don Matías del Barrio,
de muchas hijas, la que ménos
tiene treinta mil ducados.

tro. Tú tienes mas proporcion,
porque yo he hecho reparo,
de que el tio de las niñas
se mira con mucho agrado.

anc. A tí su padre que es mas;
aunque bien considerando
estas cosas, no es maravilla;
porque les seguimos ambos
con las mismas manías que á los dos
están tan preocupados:
uno caza y otro pinta;

pero con extremo tanto
de afición, que es menester
verlo para acreditarlo.

No hay mayores ignorantes
en todo el género humano.

Pedro. Fortuna fué no pequeña
el habernos presentado
en la casa, donde tanta
familiaridad logramos,
Don Luis sobrino suyo,
á quien despues de los palos
del alguacil conocimos
en Alcalá retirados,
quando de la gran Sevilla
á la corte nos mudamos.

Franc. Ese es al que yo mas temo.

Pedro. ¿Por qué?

Franc. Por su genio raro;
pues es tan pundonoroso,
que de todo hace un agravio.

Pedro. Pues mas temo yo á la viuda,
porque no he visto mas claro
entendimiento en mi vida,
y yo pretendo su mano
por mas rica, aunque á su hermana
Doña Rosa tambien hago

la corte... pero doscientas
onzas...

anc. Ea, no volvamos

al tema: ya no hay remedio.

dro. Pues por eso mismo rabio.

anc. Vamos á ver á las niñas.

dro. Todavía es muy temprano;

lleguémonos á mi casa

para hacer tiempo.

anc. Pues vamos.

dro. Vamos, señor Don Francisco.

anc. Vamos, señor Avendaño;

y quiera el cielo que no
tire de la manta el diablo.

dro. Buena comision tenemos,

enamorar sin un quarto:

por las doscientas perdidas

merezco doscientos palos.

Vanse.

*sta de un salon largo de pinturas, en el qual
descubre á un lado Don Gerónimo en un ca-
llete con todos los aderezos necesarios, y al
otro Don Matías en acto de lavar
una escopeta.*

erón. Quadro mas original,

mas perfecto y acabado

no le verán, ni le viéron

Zimbros, Godos, ni Lombardos:

Mat. Con escopeta mejor,
y mas cierta, no apuntaron
en las guerras que nos cuentan
los Griegos ni los Romanos;
pero el lavador maldito
de tal modo se ha apretado,
que es imposible sacarle.
por mas esfuerzos que hago.
¿Gerónimo?

Gerón. ¿Qué hay? ¿qué dices?

Mat. Tira fuerte de ese mango
del lavador, porque yo
solo no puedo sacarlo.

Gerón. Hombre, ¿estás en tu juicio?
¿Quieres que el pulso alterado
con el esfuerzo, malogre
tantos meses de trabajo?
¿A mí me vienes con esas?
¿No tienes treinta criados
que te sirvan?

Mat. No te rompo
con la escopeta los cascos,
porque en tan dura cabeza
podia hacerse pedazos.
¿Quándo esa loca manía

de pintar dexarás?

erón. Quando

tú dexes la de cazar.

at. Por lo ménos yo no gasto

el tiempo en valde, ni corro

tras de una cosa que tantos

grandes principios requiere

como la pintura: salgo

á cazar por hábitud,

y el exercicio que hago

me facilita el acierto:

tú en valde te estás matando,

pues careciendo de todo

el estudio necesario,

léjos de pintar, no puedes

ni aun conocer lo pintado.

erón. ¿Cómo que no? ¿No fuí yo

el que en el último año

pintó las vicornes bestias,

y lidiadores bizarros,

anunciando los novillos

por todos los esquinzos?

¿No asombré á todo Madrid?

¿No vistas amontonados

los hombres en las esquinas

mis primores alabando?

Y en fin, mira en este lienzo
 como Enéas en Cartago
 le cuenta á la hermosa Dido
 de Troya el terrible caso;
 ya pasé del *inde toro*,
 y ahora estoy en el *infandum*:
 repára bien el Enéas,

¿no parece que está hablando?

¿No está muy propio? ¿qué dices?

Mat. Que mejor Poncio Pilatos
 para un quadro de pasion,
 nadie le hubiera pintado.

Gerón. Eres un loco.

Mat. Tú un necio.

Gerón. Un cazador rusticazo,
 ¿qué ha de entender de pinturas?

Mat. Lo mismo que un mentecato
 como tú.

Gerón. Déxame en paz.

No quieras que un pincelazo
 te dirija hácia los ojos.

Mat. ¿Tú á mí?

Gerón. Yo á tí.

Sale Doña Fulgencia.

Fulg. Cielo santo,

¿qué descompostura es ésta?

¿ Siempre han de estar disputando
 personas tan allegadas,
 como lo son dos hermanos ?

Verón. ¿ Me meto yo en sus asuntos ?

Mat. No faltaba mas.

Verón. ¿ Acaso

me opongo á sus cacerías ?

Pues déxeme con mil santos,
 sobre si pinto ó no pinto,
 en paz perpétua y descanso.

Fulg. Padre , tio , no haya mas.

Mat. Por mí todo está acabado :

así serenára el tiempo
 que me está desesperando,
 y creo que ha de impedirme
 el poder salir al campo;
 mas por *si forte*, me voy
 á preparar bien mis trastos.

Verón. Vea vm. lo que yo digo :

con su caza amancebado,
 y reprehende á los demas
 sin notar el desacato
 que comete , la pintura
 con vilipendio tratando.

¿ No es así , sobrina ?

Fulg. Es cierto.

Gerón. Tú que tienes talentazo,
 que cultivó tu marido,
 aquel insigne letrado
 que en paz descansa, ó no en paz,
 que eso no está averiguado:
 dime sin adulacion,
 ¿qué te parece ese quadro?
 ¿No está propio?

Fulg. Y elegante.
 ¡Qué maestría! ¡qué rasgos!
 A aquella Dido no iguala
 ni la Venus del Ticiano:
 las gracias de la edad tierna,
 ¡qué bien puestas en Ascanio!
 ¡el padre Enéas, qué noble!

Gerón. Y tu padre ignorantazo,
 ¡qué dixese que el Enéas
 se parecia á Pilatos!

Fulg. No todos todo lo entienden.

Gerón. Tampoco han de despreciarlo.

Fulg. Creo que si le acabais,
 como le habeis empezado,
 no habrá pieza comparable:
 no he visto tal mamarracho.

Aparte.

Gerón. Bendígate Dios mil veces;
 no en valde te quiero tanto,

y no en valde tu talento
 es en Madrid celebrado:
 si te llegas á casar,
 como con ansia lo aguardo,
 ¡qué regalo te he de hacer
 de pinturas de mi mano!
 Mas voyme á desayunar
 para volver al trabajo.

Vase.

Fulg. ¡Pobre viejo! El se divierte,
 y es lástima atormentarlo
 en los postrimeros tiempos
 de su vida: los ancianos,
 aun en sus mismas manías,
 deben ser muy contemplados;
 preciso es tratarlos siempre
 con muchísimo agasajo:
 así ellos tienen dulzura,
 y así nos autorizamos
 para igual correspondencia
 quando contemos sus años:
 pero mi hermana.

Sale Doña Rosa muy compuesta.

Rosa. ¿Fulgencia?

Fulg. ¿Rosita? ¿tú tan temprano
 vestida? ¿qué novedad?

Rosa. Ninguna por cierto.

Fulg. Vamos,

Rosita mia; entre hermanas
nada há de haber reservado:
muger que tan de mañana
se echa todo el aparato
de conquista, ó sale á ver,
ó espera ser vista... ¿hay algo
de esto?

Rosa. Malicias son tuyas:

á la aurora he despertado:
nada tenia que hacer,
y en vestirme pasé el rato;
y me pesa, pues me dice
el consultor ordinario
de las damas, el espejo,
que no estoy bien.

Fulg. Te ha engañado,

que estás de la primavera
hecha un hermoso traslado;
todo el amor en tus ojos,
toda la gracia en tus labios,
todo lo culto en tu aseo,
y todo el ayre en tu garvo.

Rosa. ¿Me enamoras?

Fulg. ¿Por qué no?

¿Ignoras que yo te amo

con la ternura mas grande?

Rosa. Yo con la mia te pago.

Vulg. Lo creo: y por eso mismo

quisiera que celebrado

fuese tu primor en todo,

y en el inmenso espacio

de la corte, que brilláras

como debes; pero hallo

que te falta mucho, para

figurar en el teatro

de las damas del gran tono:

¿quieres serlo?

Rosa. ¿Podré acaso?

Vulg. Solo con una leccion.

Escúchame, Rosa, un rato.

Para dama del gran tono

es preciso, necesario,

y requisito primero,

que no has de hablar castellano.

Rosa. ¿Cómo he de hablar?

Vulg. En francés.

Rosa. ¿Por qué causa?

Vulg. Eso es muy claro.

Es nuestra lengua muy pobre;

del pobre nadie hace caso.

Rosa. Mas si yo no sé el francés.

Fulg. No has de salir de este quarto
sin saberlo.

Rosa. ¿Cómo?

Fulg. Atiende.

Si alguno te hace agasajo,
y con peregrinas voces,
y gestos de endemoniado
te pinta su amor, fingiendo
que el pobre se está abrasando,
que no puede resistir
la eficacia del flechazo,
y se ha de desesperar
si no consigue tu agrado:
tú entónces, con dulce tono,
dices frunciendo los labios:
vous etes bien dangereux;
y te vuelves de otro lado:
si insiste, dile *fi done:*
pero con dexo muy agrio.
Si notas que leen, ó cuentan
cosa que merece aplauso,
dí con todas las demas,
con sú palmadita al canto:
á merveillé, ee est charmant.
Pero si por el contrario
merece reprobacion

lo que se lee, ó se ha contado,
 dí con todas: *¡quelle horreur!*
ce est pitoyable; cerrando
 esta exclamacion, poniendo
 los ojos encarnizados.

Si se refieren desgracias,
 tú dirás medio llorando:
¡quel malheur! je suis sensible.

Si oyes chistes, muy al caso
 será que digas: *ce est drol.*

Y con estos breves rasgos,
 y otros muy pocos que dexo,
 porque el asunto va largo;
 á la segunda leccion
 te presentas sin empacho,
 con insulas de francesa,
 en los circos cortesanos.

cosa. ¿No hay mas que saber?

vulg. ¿Y es poco?

Yo conozco mas de quatro
 que hablan sin cesar francés,
 y no saben otro tanto.

cosa. ¿Y qué haré si en este idioma
 alguien me pregunta algo?

vulg. Dices con semblante adusto
 convulsiones figurando:

laissez moi, je suis malade;

y está el negocio acabado.

Rosa. Adelante, que me gustas.

Fulg. Si te inclináres acaso

á tener algun cortejo,

que en el nuevo diccionario

se llama ya el exponente,

lo primero mira al grado;

si puede ser General,

los subalternos abaxo:

no importa que sea viejo,

ni jóven, gordo, ni flaco;

el tono es el figurar,

y está á la clase agregado:

si es extrangero mejor;

gran comida, nuevo plato:

baxo está suposicion

sea todo tu conato

en materia de cortejos

dexar uno, y tomar quatro.

Si á tus amigas desbancas,

ese es el mayor aplauso;

guerra abierta á todo el mundo:

pues como dice un adagio,

á mas moros mas ganancia,

y á buen hambre no hay pan malo.

Si á los bayles concurrieres,
 haz ostentacion del fausto;
 en el modo y el vestido
 no consultes al recato.

Viste á lo turco, á lo persa,
 lo griego, á lo romano;
 vístete en fin como quieras;
 pero nunca á lo christiano.

El deber ya es muy antiguo,
 eso se va reformando
 segun dicen malas lenguas;
 yo me atengo á lo de antaño.

Si te murmuran, no importa;
 de otras dicen otro tanto;

no ha de haber para tí
 privilegios reservados;

la opinion en el dia
 no es cosa de gran reparo;

que con esto y otras cosas
 que te irá el tiempo enseñando,

de las damas del gran tono
 serás perfecto retrato.

*Don Gerónimo, que ha oído el último verso,
 y dice lo siguiente muy precipitado.*

Don. ¿Es al olio, ó al pastel?

Es miniatura? Veamos:

¿es de Vandik, ó del Vinci,
de Rivera, de Leonardo,
de Pousin, ó de Velazquez,
ó del mismo Diocleciano?

¿Es muy grande? ¿Quánto piden?

¿Está perfecto? ¿Es exâcto?

Rosa. Señor, ¿qué es lo que decís?

Gerón. ¿En dónde está ese retrato?

Fulg. Señor, ¿si esa es una voz
que la produjo el acaso
de nuestra conversacion?

Sale Don Luis con unos papeles.

Luis. ¿Tio?

Gerón. ¿Qué traes, muchacho?

Luis. Al entrar, el mayordomo
estos dos vales me ha dado
para que vos los firmeis,
porque ya estan endorsados.

Gerón. Déxalos sobre esa mesa.

*Miéntras Don Luis cruza, dice siempre mira
á Fulgencia.*

Luis. ¡Ay bellissimo milagro!

El alma toda te envío
en cada aliento que exhalo.

Fulg. Mucho me mira: él me ama,
ó faltan todos los datos

el entendimiento mio;
 o sabe él cómo le pago.
 ón. Idos ahora las dos,
 ue tengo que hablar un rato
 on vuestro primo.

g. ¿Secretos?

las yo sabré averiguarlos,
 ue este primo es el primero
 ue se me va apoderando
 el corazon: si es el suyo

omo me lo he figurado,

he de condenarme á necia,

yo sabré asegurarlo. *Vanse las dos.*

ón. Desde que á Madrid viniste

e Alcalá, como otros años,

descansar del estudio,

n diferente te hallo,

anta diferencia va

e lo vivo á lo pintado:

da la escuela flamenca

nias ántes en los labios

mexillas: tales eran

s colores soberanos;

ahora estás tan abatido,

ue para sacar un quadro

un moribundo, serías

el modelo mas exâcto:
 ¿qué tienes, dime, qué tienes?
 Ya sabes cuánto te amamos,
 tus dos tios, como hijo
 de nuestro menor hermano:
 si éste disipó sus bienes,
 y huérfano te ha dexado,
 nosotros enmendaremos
 tu suerte: ¿te falta algo?
 ¿quieres dineros? confia
 en mi amor, y háblame claro.

Luis. Tio y señor, solo siento
 no poder manifestaros
 el fondo de gratitud
 con que esas finezas pago;
 lo que yo quiero, señor,
 vuestro permiso mediando,
 es el volverme á Alcalá,
 que esta vez no me ha probado
 la corte, y esta es la sola
 ocasion de mi quebranto.

Gerón. Lo siento; pero si en eso
 conoces que está el reparo...

Entran Don Pedro y Don Francisco.

Los dos. Buenos dias, caballeros.

Gerón. Señores, muy bien llegados.

Señor Don Francisco Vargas,
tan tarde?

anc. Estuve ocupado,
a pesar del temporal
recio que hace, mirando
en la almoneda de un Grande,
diez pinturas del Albano,
que en toda mi vida he visto
un primor tan soberano;
no me hallaba con dinero,
por eso no las traigo.

ron. ¿Quánto piden?

anc. Casi nada;
son doblones.

ron. Vamos, vamos
al punto á mi gabinete,
os llevaréis de contado;
volved con las pinturas,
porque á comer os aguardo.

anc. El caso es que para mí
quisiera, y...

ron. Del Albano
no tengo nada, amigo:
os suplico...

anc. En ese caso
serviré.

Gerón. Por la falsa
podréis salir ántes: vamos.

Franc. Ya cayó este tonto.

Gerón. No hay
hombre mas afortunado:
¿por una gran porquería
diez pinturas del Albano?

Vaya que en Madrid hay gangas
para un hombre aprovechado. *Van.*

Pedro. ¿En efecto, que os volveis
á Alcalá?

Luis. Tan solo aguardo
de mi tio Don Matías
el permiso; y miéntras le hablo
os suplico... pero Rosa
hácia aquí se va acercando:
con tan buena compañía,
yo ninguna falta os hago;
quedad con Dios. *Vase.*

Pedro. El os guarde
muchos, y felices años.
Ella se llega: yo tengo,
despues del lance pasado,
la cabeza tan caliente,
que no sé lo que me hablo.

Sale Doña Rosa.

Rosa. ¿Pues qué es esto? ¿vos tan solo, señor Don Pedro Avendaño?

Pedro. Habrá, señora, un momento que Don Luis entró en el quarto de vuestro padre, y aunque solo me dexó, me hallo de vuestra dulce memoria siempre tan acompañado, que no faltais de la mia ni un indivisible espacio.

Rosa. ¿Lisonjas á mí?

Pedro. ¿Lisonjas, quando á explicar lo que paso no cabe en mis sentimientos poder de manifestarlo?

Rosa. Pase por galantería, estilo tan cortesano.

Pedro. Pase por verdad, señora, será mas acertado.

Rosa. Hay verdades tan comunes, que del mundo en el teatro la urbanidad las admite sin perjuicio del recato, que el velo de la atencion encubre en ellas lo usado.

Pedro. No así juzgueis de las mias,
 señora; considerando
 que son hijas del amor
 mas puro y mas acendrado,
 que en aras de la fineza
 os rinde mil holocaustos.

Rosa. ¿Tanto me amais?

Pedro. Con la duda
 me haceis el mayor agravio:
 no ama la abrasada tierra
 en el ardiente verano
 la fresca abundante lluvia,
 que es restauracion del campo,
 ni las flores el rocío
 del alba precioso llanto,
 ni la salud el enfermo,
 como yo, señora, os amo:
 porque si en lugar del cinco,
 salgo yo con el caballo,
 y juntamente la sota,
 de siete levar las gano,
 y á pesar de los demonios,
 sin duda alguna, desbanco;
 y entónces...

Rosa. ¿Estais en vos?

¿qué decís? ¿qué estais hablando?

edro. Qué mala pareja que hacen
 jugador y enamorado:
 perdonadme, Rosa bella,
 que me sucedió un acaso
 de honor, ayer por la noche,
 en que otro y yo nos picamos
 sobre accidentes del juego,
 que estoy todo transportado;
 y así la lengua acudiendo
 al sentimiento mas alto,
 que es la opinion ofendida.
sa. Tened, que llevais errado
 de la disculpa el camino,
 porque si bien lo miramos,
 teneis demasiada flema
 para estar tan agraviado;
 con que queda descubierto
 que un vicio tan vil y baxo
 como el juego, puede mas
 que ese amor tan ponderado;
 yo me alegro de saberlo,
 para cortarle los pasos
 un afecto que ya es nada,
 ántes podia ser algo.

Vase.

tro. Esperad, oid, teneos...
 Que tenga tan malos cascós,

que todo lo eche á perder
 al tiempo mas necesario!
 Mucho siento su desden,
 pero todavía rabio
 mas por las doscientas onzas;
 dóysela al mas alentado,
 que las pierda, y se posea
 nadie en el género humano.

*Salen Don Luis, y Don Matías
 con escopeta.*

Mat. Hasta ahora no me habia
 dicho este gran mentecato,
 que os hallabais vos aquí:
 ¿ea, salimos al campo?

Pedro. ¿Estais en vuestro juicio?
 ¿no veis que está diluviando?

Mat. ¿Y qué importa?

Pedro. La salud
 vuestra, que yo aprecio tanto:
 mañana, queriendo Dios,
 si está el tiempo sosegado,
 al soto del Arzobispo
 nos iremos muy temprano,
 (que yo sacaré el permiso)
 y cazarémos despacio.

Mat. Y no volveré contento,

si cien tiros no disparo;
 á propósito de tiros,
 siempre Don Pedro he notado
 la diversidad que todos
 usan en manifestarlos.

Pedro. Yo no os entiendo.

Mat. Atended :

Está un cazador pintando
 un buen dia que ha tenido,
 y dice: salí volando,

La accion con los versos.

y ántes de llegar al puesto
 una perdiz como un pavo
 me salió: *trum*, y cayó:
 llegué al sitio, y entrando
 arranca un conejo: *pas*,
 y quedó pataleando:
 luego saltó una gran liebre
 á mas de quarenta pasos;
 pero: *zas*, cayó redonda:
 al atravesar un alto
 salió una zorra; y yo *plum*,
 y le sembré todo el rabo
 le perdigones loberos;
 pero escapó como un gamo:
 iba cayendo la tarde,

y de entre unos juncos altos
 salió una parda cerceta,
 disparada como un rayo;
 apunto y *craq*, no dió lumbre,
 y me retiré cansado
 de haber corrido seis leguas
 monte arriba, y monte abaxo.

Pedro. Es decir, que los que cazan
 usan ciertos dicharachos,
 con que de su inclinacion
 manifiestan el encanto...
 ¿pero Don Luis tan absorto
 y silencioso?

Durante estos versos y los siguientes, D. Matías se acerca á la mesa, y tomando uno de los valles sin reparar lo rompe, y acomoda un pequeño pedazo doblado entre el rastrillo y fogon.

Mat. Dexadlo,
 que está lleno de manías:
 no sé por qué ahora ha dado
 en querer irse á Alcalá.

Pedro. Para mi intencion no es malo: *Aparte.*
 tendrá muy graves motivos
 si en su prudencia reparo.

Luis. El procurar mi salud

solamente ha ocasionado
mi resolucion.

Pedro. Y es justa.

Mat. Si cazára, como cazo,
eso que es hipocondría
se le quitára sudando:
ya está enforma la escopeta.

Pedro. ¿Qué famosa de dos caños
vendian ayer?

Mat. ¿En dónde?

Pedro. En casa de un Escribano
amigo mio: ¡qué hermosa!

Toda formada de cascós
de herraduras, y la llave
primorosa, de la mano
de Josterhapsén.

Mat. ¿De quién?

Pedro. De Josterhapsén.

Mat. Extraño
nombre.

Pedro. Es de un Aleman,
el mas célebre de quantos
han fabricado escopetas;
yo me hallaba por acaso
sin dinero, que sino,
sin duda alguna la traigo

para vos.

Mat. ¿Quánto pedian?

Pedro. Treinta doblones.

Mat. Pues vamos

á mi quarto, y al momento
los llevaréis de contado;
de Josterhapsén: el nombre
es bien duro y revesado;
si así fuere la escopeta
no puede valer un quarto.

Aparte.

Vase.

Pedro. Ya cayó el pez, ya hay dinero;
trampa adelante, y andallo:
¿á dónde iré yo á buscar
escopeta de dos caños?

Mas no faltará un enredo
con que poder remediarlo.

Vase.

Luis. Gracias á Dios que se fuéron;
y pues que solo me hallo,
ahora corazon mio,
tierno como enamorado,
gime, siente, llora, sufre,
iras, penas, males, daños:
mas si Fulgencia no sabe
la verdad con que la amo,
y con el silencio encubro
el bolcan en que me abraso;

¿por qué me quejo? Tal vez
admitiera con agrado
las ansias que la dedico,
á atreverme temerario
á explicarla los afectos
de su hechizo soberano;
pero un hombre sin fortuna,
de méritos despojado,
de la suerte desvalido,
¿cómo ha de volar tan alto?
Callémos, que en el que ama
objeto tan soberano,
sino es locura sentirlo,
es delito el publicarlo:
pero crece la pasion
con la vista, alimentando
especies que tal vez pueden
ser precipicio del labio;
huyendo se vence amor:
¿mas de qué sirve, llevando
atravesada la flecha
el querer huir del arco?
Pero la ausencia conviene,
que si del dolor no sano,
sanaré de la ocasion,
que es poderoso contrario:

huyendo iré de mí mismo
 mañana quando el sol claro
 amanezca de la aurora
 entre los cándidos brazos;
 huyendo iré de mí mismo,
 de mi Fulgencia... ¡O extraño
 poder de amor, ser la muerte
 remedio de un desdichado!
 ¿Porque qué muerte mayor
 que vivir ausente amando?
 ¿Y yo podré resistirlo?
 ¿Yo sin verla? Cielos santos,
 esto es desesperacion,
 que á resistirla no basto;
 yo me muero, yo fallezco;
 no es esto amor, es un rayo
 que el corazon me traspasa:
 piedad, piedad que me abraso;
 pero está el alivio léjos,
 tanto como cerca el daño.

Sale Fulgencia.

Fulg. Pues Don Luis, ¿de qué dáis voces,
 tan inquieto y alterado?
 ¿qué os ha sucedido?

Luis. Esto

Aparte.

faltaba á mis sobresaltos.

ulg. ¿No me respondeis? Creí
que podia con vos algo;
mas veo...

uis. No prosigais,
que podeis connigo tanto...

ulg. ¿Qué? ¿no merezco saber
lo que os obliga á tan raros
extremos? Pues es bastante.

uis. Perdonad, que delirando
con mi fantasía estaba,
y no se puede hacer caso
de un ciego acoloramiento,
efecto de un mal tirano,
que es forzoso padecerlo
sin poder manifestarlo.

ulg. ¿Pues qué os duele?

uis. El corazon.

ulg. Lo tendréis muy delicado:
¿y os duele mucho?

uis. A mi muerte
voy aprisa caminando.

ulg. ¿Sabeis la causa?

uis. La sé.

ulg. Decidla, por ver si hallamos
remedio.

uis. No puede haberle.

Fulg. ¿Ni aun la causa penetrando?

Luis. És que no puedo decirla.

Fulg. ¿Quién lo estorba?

Luis. Un desengaño.

Fulg. ¿De qué?

Luis. De que es incurable;

y por si mi vida acabo

brevemente, y excusar

del sentimiento los grados

á los que morir me viesen,

á Alcalá mañana parto.

Fulg. Corazon mio, al remedio

Aparte.

que esto se pone muy malo.

No os vais, y creedme, primo.

Luis. ¿Y por qué?

Fulg. Porque he notado

en vos ciertos accidentes

que estan todos declarando

vuestro mal.

Luis. ¿Le conoceis?

Fulg. Vos estais enamorado,

¿no es verdad? Vaya, decidlo,

primos somos: confiadlo,

que no es delito el amar,

los límites observando

de la razon y el decoro:

¿Decid, ¿me habré equivocado?

Is. No señora.

Ag. Resta ahora

haber quién es la que tanto

amais, que será un prodigio,

por los efectos saco

la causa: váya, ¿quién es?

Is. Perdonadme si lo callo.

Ag. ¿Por qué?

Is. Porque es un objeto

que aspirar es en vano;

para no conseguirlo,

está demas publicarlo.

Ag. ¿Y ella sabe que la amaís?

Is. Yo no he sido tan osado

me se lo haya dicho.

Ag. ¿Cómo?

Is. Media un infinito espacio

entre los dos.

Ag. Noble sois.

Is. Sí; pero muy desgraciado.

Ag. La fortuna se corrige.

Is. La mia no.

Ag. Habladme claro:

¿conozco yo á la que amaís?

Is. ¿Qué espero que no declaro *Aparte.*

mi mal? ¿Qué ocasion mejor?

Fulg. Todavía está reacio:

mucho ama quien tanto teme;

yo procuraré obligarlo.

La conozco yo, decid,

que si fuere necesario

sacrificar mi fortuna

toda entera, yo me allano

por veros á vos contento

á hacerlo con gusto tanto,

como si yo misma fuera

la que vos estais amando:

que os quiero mas que pensais.

Luis. No hagais el dolor que paso

mas cruel: Fulgencia hermosa,

ni precipiteis mis labios,

á que de vuestro decoro...

¡Qué iba á decir; cielo santo!

Fulg. El hombre entraba en camino;

pero se quedó atascado:

qué duro es de boca. En fin,

¿tan poco con vos alcanzo,

que no me haceis confianza

de vuestro amor?

Luis. Mas que agravio

es fineza.

g. No os entiendo.

s. Harto digo en lo que callo.

g. Si os obstinais, adelante:

o ya he cumplido con quanto

ra de mi obligacion;

mas quiero dar otro paso

acia vuestro bien, diciendo

nos versos que á un estado

como el vuestro hizo un amigo.

s. Ya los espero.

g. Escucharlos.

Hombre que su inclinacion

escata de una muger,

no la teme perder,

es de poco corazon:

o hay ninguna que al blason

o aspire de ser amada;

pero por enamorada

ciega que llegue á estar,

nunca quiere adivinar,

no ser adivinada.

Como en el crisol el oro

las sus quilates explica,

la muger se sacrifica

al fuego del decoro:

guardar debe este tesoro

con cuidados vigilantes;
 pero los hombres amantes
 aunque hallen un desengaño,
 dicen: tal dia hará un año,
 y se quedan como ántes.

Consigno mismo es tirano
 quien su enfermedad oculta,
 y el remedio dificulta
 que pudo dexarle sano:
 no hay tan hábil diestra mano,
 que libertar pueda vida
 que está á morir decidida,
 por diligencias que haga;
 que sin enseñar la llaga
 nunca se cura la herida.

Todo lo iguala el amor,
 que es rapaz muy atrevido;
 pero castiga un descuido
 con muchísimo rigor:
 quien padezca su dolor,
 en declararse no tarde;
 haga de su aliento alarde,
 que en ocasion oportuna,
 la muger ni la fortuuva
 no quieren hombre cobarde.

Vase.

Luis. Oid, esperad... ¡ó cielos!

¿qué mas claro, qué mas claro
se ha de explicar? Corazon,
dilatate en el espacio
de mi dolorido pecho:
¡ó Fulgencia! ¡ó dueño amado
de mi vida! No hay ausencia:
á morir entre los rayos
de tus bellísimos ojos
me quedaré, y de tu blanco
pie, besaré las estampas;
y aun con todo esto no pago
la dulcísima esperanza
que me lisonjea tanto:
¡ó amor! ¡ó prima querida!
dame favorables ambos;
y seré del númen ciego
el mas venturoso esclavo.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion: habrá unas sillas.

Don Matías y Don Gerónimo.

Gerón. Pues Don Pedro y Don Francisco despues de comer se fuéron; en tanto que los muchachos divirtiéndose allá dentro, cantan ó baylan, ó hacen lo que hicimos en su tiempo, quisiera contigo ahora hablar un rato de sério.

Mat. Pues vamos allá: comienza. *Se sientan*

Gerón. Pero no has de ser molesto, ni te has de enfadar.

Mat. ¿Por qué?

Gerón. Como tienes ese genio tan raro y tan cosquilloso.

Mat. Pues hombre, el tuyo es muy bueno ciertamente: pero al caso.

Gerón. Pues escucha.

Mat. Estoy atento.

Gerón. Esta muchacha... Fulgencia, ha enviudado en lo mas bello

de su edad; por consiguiente
 es su estado el mas expuesto:
 es gallarda, y tanto que
 pudiera su talle y cuerpo
 en qualesquiera Academia
 servir muy bien de modelo,
 aunque el mismo Apeles fuera...

Mat. ¡Qué Apeles, ni niño muerto!

¿Ya te vas de tu manía
 al delirio sempiterno?

Al caso, señor, al caso;
 porque lo que estás diciendo,
 es lo mismo que el entrar
 cazando por un viñado,
 y en vez de una perdiz gorda,
 saltar un flaco mochuelo.

erón. ¿Y eso qué es, señor?

at. Esto es
 lo mismo que esotro.

erón. ¡Bueno!

¿y yo he de ser el paciente?

at. O me marchó, ó acabémos.

erón. Digo, pues, que á esta muchacha
 casarla será bienhecho:

y Don Francisco de Vargas
 queria fuese su dueño.

Mat. Pues quieres mal.

Gerón. ¿Por qué causa?

Mat. Porque yo tengo dispuesto
el dársela por muger
á su amigo y compañero
Don Pedro.

Gerón. ¡Famosa idéa!
en verdad, ¡gran pensamiento!
¡Buena va la diferencia
de Don Francisco á Don Pedro!
Don Francisco es todo un hombre.

Mat. Don Pedro es un hombre entero.

Gerón. Ese es un chis garavís,
atolondrado y sin seso.

Mat. El otro es un mariquita,
encanijado y enteco.

Gerón. Aquel es hombre profundo,
y dotado de talento:
¡qué bellamente dibuxa!

Mat. Con que me dibuxe nietos,
y á tí te pinte sobrinos,
Don Pedro, estaré contento;
porque no ha de ser letrado
el que marco para yerno.

Gerón. Eso es por contradecirme
nada mas: si lo estoy viendo:

á Don Francisco eligieras,
si yo eligiera á Don Pedro.

Mat. Podría ser.

*Se levantan y pasean opuestamente, parándose
de quando en quando á decirse
algunas razones.*

Gerón. Pues podrá
no ser lo que estás creyendo.

Mat. No faltaba otra miseria.

Gerón. Debieras mas miramiento
tener á que soy mayor:
pero no me importa un bledo;
se casará la muchacha.

Mat. ¿Quién lo duda? con Don Pedro.

Gerón. No señor: con Don Francisco,
aunque le pese al infierno.

Mat. Con quien yo quiera será,
y no hablémos mas en ello.

Gerón. Primero rebentaría.

Mat. Yo me ahogaría primero.

Gerón. Hay para pátlear el gorro.

Mat. El hombre pasa de terco.

Gerón. Soy su tío, y se ha de hacer.

Mat. Soy su padre, y yo no quiero.

Gerón. Pero hombre, atiende á razones;
pues para el caso es lo mismo,

dexa que con Don Francisco
case Fulgencia, y casémos
con Don Pedro á la Rosita.

Mat. Si tú quieres que troquemos
las parejas, vaya en gracia:
lo demas no lo consiento.

Gerón. ¡Qué cabeza para yunque!

Mat. ¡Qué maldito para suegro!

Gerón. ¿Con que no hay remedio?

Mat. No.

Gerón. Pues señor, si ha se ser eso,
no quiero vivir esclavo
de los caprichos agenos:
venga luego un Escribano,
los bienes dividirémos;
y pues por mayor quedé
mejorado en quinto y tercio,
quédate tú con lo tuyo;
que de lo mio heredero
haré á Don Luis, que tendrá
mayor agradecimiento;
y es tambien como tus hijas
mi sobrino.

Mat. Malo es esto.

Aparte.

Pero hombre...

Gerón. Pero zambomba.

at. Para que veás que tengo gana de condescender contigo, me ocurre un medio fácil de que se conformen pareceres tan opuestos.

erón. ¿Y cuál es?

at. Venga Fulgencia, y elija ella al que de ellos le pareciere mejor.

erón. Me acomoda; estoy contento.

at. ¡Ola!

Sale un Criado.

ado. Señor, ¿qué mandais?

at. A Fulgencia, que la espero un instante.

Vase el Criado.

erón. Ella que tiene un fino discernimiento preferirá á Don Francisco, o tengo el menor rezelo.

at. En sabiendo que es mi gusto que se case con Don Pedro, le elegiré sin que pueda dudar siquiera un momento.

Sale Fulgencia.

g. ¿Me han dicho que me llamais?

En qué puedo obedeceros?

Mat. Poca cosa: á dos palabras
 está reducido el cuento:
 rica, hermosa, jóven, viuda,
 es estado muy expuesto;
 tu tio quiere sobrinos,
 yo tambien quisiera nietos:
 es decir, que á que te cases
 conspiran nuestros deseos;
 para lograr este fin,
 dos novios te proponémos:
 prefiere éste á Don Francisco,
 y yo á Don Pedro me atengo;
 cada qual es como el otro,
 ya conoces nuestros genios,
 elige al que tú quisieres,
 y no tengamos mas pleytos.

Fulg. La proposicion es rara:
 el modo de hacerla encuentro
 que es bien extraño; con todo,
 parece que satisfechos
 quedaréis con tal que yo
 me decida.

Los dos. Desde luego.

Fulg. Pues oidme, y á ninguno
 veréis que desobedezco.

El marido que yo tome,

si es que casarme resuelvo,
no ha de haber querido á otra:
que sería desacuerdo
de otras cenizas difuntas
venir yo á soplar el fuego:
además he de tener
exácto conocimiento
de su moral: no hay un hombre
que no tenga algún siniestro;
los hay leves, y otros que
no pueden ser llevaderos;
y para no tolerarlos
mejor es no recogerlos:
sin el trato es imposible
conocer á los sugetos;
y una prision de por vida
no hay para que la fiemos
al capricho de la suerte,
que no tiene entendimiento;
y aun quiera Dios que con él
no se encuentre el desacierto:
si yerro, por mi eleccion
quiero errar; y desde luego
á qualquiera que me engañe
de culpa y pena le absuelvo:
todo el mundo, como dicen,

tiene su flaco; y es cierto
 que el que llega á descubrirle
 conquista qualquiera afecto;
 que á brecha abierta no háy plaza
 que resista mucho tiempo:
 dígolo porque los dos
 novios que me habeis propuesto,
 (dexando aparte si son
 ricos ó pobres, plebeyos
 ó nobles, pues os supongo
 informados de todo esto)
 á entrambos se os han entrado
 por el flaco descubierto:
 el uno adula al que pinta,
 y el otro al que caza; pero
 yo que ni cazo, ni pinto,
 tan poco caso hago de ellos,
 que solamente me deben
 políticos cumplimientos,
 que aun sin pasar de civiles
 no dexan de ser bien frescos:
 ninguno de ellos me gusta,
 y á la suerte lo agradezco;
 pues no queriendo á ninguno,
 os dexo á los dos bien puestos.

Gerón. Don Francisco Vargas es

un hombre en todo completo
 por sus prendas personales;
 y en quanto á lo caballero,
 me visto su executoria,
 y tiene entre otros trofeos,
 en uno de sus quarteles
 dibuxado un cuervo negro.
 et. Desde que soy cazador
 ningun cuervo blanco he muerto.

rón. Esas son bachillerías
 de estómago: ¿habrá tal necio?

Digo que entre otras divisas
 viene dibuxado un cuervo,
 que á una cabeza de un moro
 está picando los sesos,
 con tal expresion, que al ver
 como el animal sangriento
 contra la pobre cabeza
 abra el pico carnicero,
 las cortadoras uñas,
 parece que está uno oyendo
 dejarse de pena al moro,
 graznar de gusto al cuervo.

Todo en el mundo es fortuna:
 yo por desgracia llego,
 á ese cuervo que al artista

serviría de modelo,
 le doy un escopetazo,
 le hago polvo sin remedio,
 y se llevan mil demonios
 un blason tan estupendo.

Gerón. Esto ya es inaguantable.

*En acto de irse, y le detiene el Mayordomo
 que sale.*

Mayord. Señor, que me oigais os ruego.

Gerón. Vamos, despacha, ¿qué quieres?

Mayord. Por aquellos vales vengo
 que os envié con Don Luis,
 y ahora vienen por ellos.

Gerón. De firmarlos me olvidé;

mas pues hay pluma y tintero

Se sienta para firmar.

ahora lo haré, que aquí
 los dexé... ¿pero qué veo?
 si este solo es medio vale.

¿Qué diablos puede ser esto?

Fulg. Que el cuervo de aquel escudo
 tragaría el otro medio,
 pues la cabeza del moro
 no le dexó satisfecho.

Gerón. ¿Quién ha entrado aquí?

Mat. Ni ninguno.

Yo soy un bárbaro, y tengo
 a culpa sin duda alguna,
 pues como estaba lloviendo,
 y no podía salir,

para que estuviese seco
 el fogon, ponerle quise
 un papel; y sin acuerdo
 cogí de esa mesa uno,
 y le rompí para ello.

rón. ¿Y esto se ha de tolerar?

t. Si ya no tiene remedio.

Yo lo supliré.

rón. ¡Paciencia!

Por Dios santo... ¿otra te pego?

El otro vale parece
 que ha salido del infierno
 según está de tiznado:

tambien yo soy un jumento,

por pintar una figura

de ese quadro con acierto,

pone el borron sobre el vale;

quedará inservible.

t. ¡Bueno!

Y esto se ha de tolerar?

rón. Pues tú, ¿qué pierdes en eso?

¡Ten, y te daré otro vale.

Vase.

Mat. Yo tambien: este Don Pedro
no me traxo la escopeta,
y hasta verla estoy inquieto.

Vase.

Sale Don Luis.

Luis. Esperando á veros sola
he estado, hermoso dueño,
para explicaros las ansias
amorosas que padezco.

Fulgencia mira á todas partes:

¿Pero que es lo qué mirais?

Fulg. Estoy mirando, si veo
á quien podais dirigir
esos amantes acentos,
porque son en vos extraños,
y para mi oído nuevos.

Luis. ¿Qué es lo que me está pasando?
¡todo me ha cubierto un yelo!
Pues vos, señora...

Fulg. Adelante:
proseguid.

Luis. Os tengo miedo.

Fulg. Pues tan horrorosa soy.

Luis. Antes bien sois el portentoso.

Fulg. ¿De qué?

Luis. De mis confusiones.

Fulg. Explicadlas.

is. No me atrevo.

gl. ¿Por qué?

is. Porque os desconozco.

gl. ¿Tan otra soy?

is. No os encuentro

a misma yo.

gl. ¿Por qué causa?

is. Veré si explicarla puedo:

En tempestuosa noche

se extravía el pasajero,

por las sombras confusas

sigue los pasos inciertos,

cuando vé á la luz amiga

de un relámpago, un sendero

que sigue muy confiado;

cuando lo piensa ménos,

caen en un precipicio horrible

se encuentra su fin funesto:

corre la nave ligera

por el océano inmenso,

agitada de las olas,

combatida de los vientos,

cuando desde la alta cofa,

la voz anuncia el marinero;

alegremente saluda

al apetecido puerto;

pero turva su alegría,
 pirata enemigo leño,
 que se interpone, la embiste,
 y la lleva á sangre y fuego:
 dos símiles de mi suerte
 desdichada os he propuesto;
 para aplicarlos os sobra
 demasiado entendimiento;
 y permitid que me ausente
 para no volver á veros.

Fulg. Oid, no os vais: ¡pobrecillo!
 ¡cómo está! le compadezco.
 Si el que se perdió en la noche
 de aquel temporal tan recio,
 se hubiese arrimado á un árbol,
 la tolerancia oponiendo
 á la tempestad, no habría
 seguido el fatal sendero,
 excusando el precipicio
 á favor del sufrimiento.
 Si la combatida nave
 no tuvo bastante aliento
 para vencer al pirata,
 ó resistirle á lo ménos,
 no se queje de la suerte,
 sino de su poco esfuerzo,

porque el valor crecer debe
 á proporcion de los riesgos:
 y en fin, ¿de qué sirve andar
 con todos esos rodeos?

Vos estais enamorado:
 no es verdad?

Is. Yo lo confieso.

Ag. Os dixé que declaraseis
 vuestra pasion á su objeto.

Is. ¿Pues por qué extrañais, señora,
 que siga vuestros consejos?

Ag. ¿Luego yo soy la dichosa?

Is. Si lo sentís...

Ag. No por cierto:

no soy yo de las mugeres
 que hacen asco á los requiebros,
 quando no se los dicen,
 e rabia fruncen el gesto;
 de las tontas que tienen
 buena cara y lindo cuerpo,
 en el vulgo de las feas
 estan contando y metiendo,
 porque las llamen hermosas;
 tengo yo estos defectos,
 otros muchos: bien conozco
 e alguna cosa merezco:

lo que no conozeo es,
 cómo Don Luis habeis hecho,
 viviendo juntos los dos,
 para aguantar tanto tiempo,
 la insoportable pesada
 dura carga de un silencio.

Luis. ¿Cómo podia atreverse
 á declararos su afecto,
 el que solo tiene una
 alma fina que ofreceros?

Fulg. ¿Una alma fina? Ahí es nada:

¿se encuentra por el dinero?

Una alma fina es alhaja
 muy comun en ambos sexôs;
 todos dicen que la tienen,
 todos de ella alarde hacemos;
 pero si hubiera contraste
 que exâminára su precio,
 ¡en qué pocas se verían
 marcas de merecimiento!

Mas séalo, ó no, la vuestra,
 porque en eso no me meto,
 y yo jamas á los hombres
 los registré tan adentro:
 ¿es acaso algun pecado
 pretender con fin honesto

á una dama, y declararla
su atrevido pensamiento?

¿Perdiais algo en el trato?

¿Qué aventurabais en ello?

Lo que el que da un memorial
solicitando algun puesto:

medio pliego de papel,

y media hora de tiempo;

si pega, llegó la hora;

y si no, se queda fresco.

Don Luis, si á los que nos dicen

us amorosos deseos,

hubiéramos de sacar

los ojos por el exceso,

pronto quedaría el mundo

hecho un hospital de ciegos.

s. Pues pensais de esa manera,

sabeis mis pensamientos,

decidid de mi destino;

yo solamente espero.

g. Exâminarle conviene *Aparte.*

el crisol de los zelos,

para conocer á fondo

los quilates de su afecto.

¿No me respondeis, señora?

¿Ni un desengaño os merezco?

Fulg. ¿Y pudierais tolerarle?

Luis. Sabría morir al ménos.

Fulg. Ved lo que es el ser corbarde;
pues ha muy pocos momentos
que acaso hubiera premiado
de vuestro amor los extremos;
y ahora...

Luis. ¿Ya es imposible?

Fulg. ¿Qué pensais de los consejos
de un padre y un tio, á quienes
mi vida y fortuna debo?

Luis. Que debeis en todo quanto
pudiéreis obedecerlos.

Fulg. Estimo infinitamente
que me aconsejeis tan cuerdo;
pero os habeis sentenciado.

Luis. ¿Cómo?

Fulg. Como me han propuesto
que elija para mi esposo
á Don Francisco ó Don Pedro.

Luis. ¿Qué esto escucho! A Dios, señora.

Fulg. ¿A dónde vais? Deteneos.
¿qué intentais?

Luis. Morir, morir

á fuerza de un sentimiento,
que es imposible explicarlo
siendo fuerza el padecerlo.

Fulg. Muy precipitado sois.

Luis. No háy desesperados cuerdos.

Fulg. ¿Pues qué os quedaba que hacer
al verme en brazos ajenos?

Luis. ¿Y sería yo tan vil,
que me aventurase á verlo?

Fulg. ¿Pues por ventura teneis
á mi mano algun derecho?

Luis. A tenerle, ¿se atreviera
nadie á miraros, ni á veros?

Fulg. Malo erais para casado;
fuerais zeloso en extremo.

Luis. Fuera entónces confianza
todo lo que ahora zelos.

Fulg. Las señales no lo indican.

Luis. Lo dirían los efectos.

Fulg. No estamos en ese caso.

Luis. Eso es lo que yo mas siento;
y así dexadme partir.

Fulg. ¿A dónde?

Luis. Donde ni el eco

escuche de vuestro nombre,

y me acabe mi tormento.

Fulg. Aun no estoy comprometida.

Luis. ¿Con que cabe algun remedio?

Fulg. El de los desesperados.

Luis. ¿Cuál es?

Fulg. Sufrir hasta verlo.

Luis. No me expondré yo á esa pena.

Fulg. Pues procederéis muy necio:

muy poco mundo teneis;

muy novicio estais en esto

de interpretar voluntades;

y en un legista es defecto

crasísimo: ¡pobre hombre!

¡Mucha furia, y poco pecho!

Teneis la leche en los labios

todavía, y estoy viendo

que en el tribunal de amor

no ganaréis muchos pleytos. *Vase.*

Luis. Oid, esperad, señora...

¡Con qué de dudas peleo!

Esta muger para mí

es enigma que no entiendo;

ya ánima, ya desespera,

ya consuela. ¿Qué de afectos

tan encontrados combaten

mi triste corazón tierno?

Sale Doña Rosa.

Rosa. Expiando la ocasión
de hallaros solo, ha gran tiempo
que estaba, querido primo.

Luis. Ved en qué serviros puedo,
que lo haré con sumo gusto.

Rosa. Decid, ¿á estos caballeros,
que presentasteis en casa
quando de Alcalá viniéron,
los conocéis muy á fondo?

Luis. ¿Muy á fondo? No por cierto:
en Alcalá cinco meses
los dos, señora, viviéron
conmigo en una posada:
este motivo, y el verlos
cortesanos en su trato,
no dados á devañéos,
como en la Universidad
acostumbran los mancebos,
dió principio á esta amistad:
vine á la corte con ellos,
y como me visitáron,
mis tios les ofreciéron
la casa; pero jamas

ha llegado el trato nuestro
á la íntima confianza.

Rosa. ¿Mas no sabeis si Don Pedro
es jugador, ó si tiene
algunos otros defectos?

Luis. No señora; y perdonad
si aquí mas no me detengo,
que me importa el retirarme,

Rosa. Id con Dios.

Luis. Guárdeos el cielo:
¡qué de confusas idéas
perturban mi entendimiento! *Vase.*

Rosa. ¡Que no halle con la verdad!
Mas demasiado la encuentro,
y yo no quiero escucharla,
porque incauta voy huyendo
del desengaño; conozco
que no merece mi afecto
Don Pedro, y la inclinacion...

*Sale Don Francisco, y con él un criado
que trae unos quadros.*

Mas Don Francisco, ¿qué es esto?

Franc. Esta mañana no pude
satisfacer los deseos
de vuestro tio, y ahora

le traía en esos lienzos
varias cosas del Albano,
de mucho merecimiento.

A Don Gerónimo avisa

Vase el Criado.

que estoy aquí: ¿quereis verlos?

Rosa. Las pinturas bien me gustan;
mas como no las entiendo...

Franc. Ved ésta tan solo.

Rosa. ¿Y qué es?

Franc. Venus hermosa, riendo
de ver al amor picado
de una abeja.

Rosa. Con efecto,
está hermosa.

Franc. Lo estaría
mucho mas, si el pincel diestro
os hubiera á vos copiado
en su lugar.

Rosa. Agradezco
la cortesana lisonja.

Franc. Si agradeciérais mi afecto,
veriais que en mis razones
no entra el encarecimiento;
porque mi amor...

Rosa. No me habéis
 nada de amores, que tengo
 ya los oídos cansados
 de escuchar mil rendimientos,
 que la ociosidad los dicta
 mas que el corazón sincero:
 dos días ha que á mi hermana
 le deciais mil requiebros;
 relox de repetición
 pareceis, pues según creo,
 ibais ahora á decirme
 sin duda alguna lo mismo:
 andad que tan bueno sois
 como vuestro compañero. *Vase.*

Franc. No va contenta la niña:
 ¿si nos irán descubriendo
 la maula? Mas viene el tío,
 paciencia, y vaya de enredo.

Sale Don Gerónimo.

Ger. ¿Con que al cabo habeis traído
 los quadros? ¡Quánto lo aprecio!
 veamos, hombre, veamos:
 estoy loco de contento.

Enseñándole el quadro.

Franc. No es para menos la ganga.

A ver, ¿qué tal esa Venus?

Gerón. ¡Hermosísimo prodigio!

¡Qué color! ¡Qué empastamiento!

¡Qué formas tan elegantes!

¡Qué contornos tan bien hechos!

¡Qué expresion! ¿Dónde demonios

hallasteis este portentoso?

Franc. Por veinte reales en la *Ap.*

calle de Jacometrezo,

en la tienda de un Chalan

que revende trastos viejos.

Gerón. ¡Bendito seais mil veces!

¡Bien empleado dinero!

Si fuese de un santo, ó santa

la pintura, sin remedio

de dia y noche tendria

trescientas velas ardiendo

continuamente delante

de esta imágen.

Dentro voces de Don Pedro y un Criado.

Entr. Pedro. ¡Ah perverso!

Entr. Criado. Señor, por Dios.

Entr. Pedro. Morirás.

Entr. Criado. ¡Ay de mí!

Gerón. ¿Qué será esto?

Sale Don Matías con escopeta.

Mat. ¿Quién alborota la casa?

¿Son ladrones?

Gerón. Qué sabemos.

Mat. Me alegrára.

Franc. ¿Para qué?

Mat. Para disparar sobre ellos
esta escopeta, que está
cargada hace mucho tiempo.

*Sale Don Pedro con dos cañones de escopeta
y una caja rota.*

¿Mas qué es lo que estoy mirando?

¿Qué ha sucedido, Don Pedro?

¿Qué aparato es ese?

Pedro. Amigo,

dexadme por Dios, que vengo
hecho un aspid: no sé cómo
de cólera no reviento.

Mat. Pero decid lo que ha sido.

Pedro. Como no pude traerlos
la escopeta esta mañana,
despues de comer fuí á hacerlo;
y como está el piso malo,
á mi criado un Gallego
mas pesado que una deuda,

y mas bruto que un jumento,
 se la dí para traerla,
 y como no tiene tiento
 para nada, resvaló;
 y tropezando y cayendo
 por todas las escaleras,
 hizo tres mil y quinientos
 pedazos, llaves y caxas:
 pero no se fué riendo,
 porque con este cañon
 le abrí como palmo y medio
 de cabeza.

at. ¡Bien por Dios!

Amigo, ¡bravo consuelo!

Si yo pierdo la escopeta,
 que se lleven al Gallego,
 y á toda su casta entera,
 dos mil diablos, ¿qué provecho,
 qué negocio es para mí?

dro. No os desconsoléis por eso.

Hablan aparte.

trón. Aquí ya no harémos nada:

A Don Francisco.

Amigo, vamos, y adentro

sin que nadie nos estorve

los quadros registraremos;

Recoge los quadros.

y además de eso, he de hablaros

en un asunto muy sério.

Vase.

Franc. ¿Qué podrá ser? ¿Mas qué dudo,

si luego voy á saberlo?

Vase.

Pedro. Si digo que nada importa.

Mat. De escucharlo el juicio pierdo:

¿quién diablos componer puede

tan desunidos fragmentos?

Pedro. ¿Puede faltar en Madrid

quien lo haga? Además de eso

no faltará otra escopeta.

Mat. Ni tampoco otro Gallego

que la traiga.

Pedro. ¿Pues quereis

un trabuco naranjero? :

Mat. ¿Y he de andar á trabucazos

con las liebres y conejos?

será cazar á metralla.

Sale un Criado.

Criado. ¿Señor?

Mat. Vaya, ¿qué tenemos?

Criado. La pólvora que pedisteis

han traído, y el dinero

espera el hombre.

at. Allá voy:

esperad, que pronto vuelvo.

ido. Bastante húmeda viene.

at. ¿Qué ha de hacer, si está lloviendo?

pero en la cocina pronto

se secará al vaho del fuego.

Vanse.

dro. Ya salimos con bien de ésta.

Lo que puede un buen ingenio!

Para otra... pero se acerca

Doña Fulgencia á este puesto;

que valga por lo que valga,

ya diré dos chicoléos.

Sale Fulgencia.

Ig. ¿No estaba mi padre aquí?

dro. Ahora se fué allá dentro.

Ig. Está muy bien: Dios os guarde.

dro. Pero, señora, ¿tan presto

se alegría de mis ojos

obscoreceis?

Don Luis escuchando.

is. ¿Con Don Pedro

mi prima? ¿Qué podrá ser?

Ig. Por quien soy, que no os entiendo.

dro. ¿Pues podeis dudar, señora,

de que rendido os venero?

¿Podeis dudar que á las luces
de vuestros ojos me quemo?

Sale D. Luis. Os quemaré yo la lengua,
sino moderáis acentos
tan indignos: esta casa...

Fulg. ¿Quién os mete á vos en esto?

Pedro. Está señora por mí
os ha respondido; pero
por si acaso no quedais
totalmente satisfecho,
sabad que á nadie ofender
puede un galante despejo;
y ninguno mas que yo
guarda el debido respeto
á esta casa; no lleveis
el escrúpulo á un extremo
tan ridículo; y en quanto
á lo que, si bien me acuerdo,
me dixisteis de quemarme
la lengua; sois caballero,
yo os procuraré tratar
como á tal: ya nos verémos. *Vase.*

Luis. Oid: ¿por qué dilatarlo?
No es mejor que ahora...

Alg. Necio,

Deteniéndole.

¿qué intentais?

is. Darle á entender,

que lo que he dicho sostengo;

pero yo le buscaré.

Alg. ¿Sabeis que estoy de por medio?

is. Buen modo de contenerme,

es presentarme el objeto

que mas mi cólera excita.

Alg. Luego de aquí inferirémos

que la niña, y no el respeto

de la casa, es lo que os mueve

á desfacer este entuerto.

is. Despues de lo que me ha dicho,

¿permitiré que creyendo

esté, si yo no le busco,

que ha sido tenerle miedo?

Alg. ¿Y reflexionais, señor

Don Quijote de estos tiempos,

las conseqüencias que puede

producir este suceso?

is. Suceda lo que suceda,

solo á mi opinion atiendo.

Alg. ¿Y la mia no os importa?

is. ¿Pues en qué la comprometo?

Fulg. Si reñís, se ha de saber
 que por mí ha sido este duelo,
 y el honor de una muger
 no debe quedar expuesto
 á los caprichos del vulgo,
 que abultando los sucesos
 á impulsos de la malicia,
 aun á las sombras da cuerpo.

Luis. ¿Y por qué se ha de saber?

Fulg. Asuntos de tanto peso
 ¿cómo pueden ocultarse?
 Y sobre todo, ¿es bien hecho
 que seais vos el quejoso,
 y el ofendido Don Pedro?

Luis. ¿El ofendido?

Fulg. Cabal:
 pues porque, ó por pasatiempo,
 ó porque le gusto yo,
 que al fiñ, señor mio, en esto
 de gustos cada qual es...

Luis. Que no prosigais os ruego,
 pues no puedò tolerar
 el que le esteis defendiendo.

Fulg. Yo defiendo la razon:
 ¿no me amais?

Luis. Con todo extremo.

Fulg. ¿Y por qué? Porque os parece que me ha concedido el cielo alguna prerrogativa sobre los demas, ¿no es cierto? ¿Pues por qué causa queréis que el otro tenga diversos los ojos, y en mí no vea lo mismo que estais vos viendo?

Luis. ¿Luego gustais que él os ame?

Fulg. ¿Y por qué no?

Luis. El juicio pierdo.

Fulg. Si me ama, es porque cree que tengo merecimiento, y el favor que me dispensa no he de tratar con desprecio: si alguna muger os dice que siente que algun sugeto la quiera, sea el que fuere, creed que miente: que en esto de ser queridas de todos, todas se chupan los dedos; que al compas del sacrificio crece tambien el incienso: tal vez pudierais quejaros

si yo hiciese algun aprecio
 de quantas galanterías
 suele decirme Don Pedro,
 y otros mil; pero las oigo
 como tempestad de truenos,
 que se escucha, y no se atiende;
 hace ruido, y pasa presto.
 En fin, sabeis mi intencion,
 no procedais indiscreto,
 y no querais conocer
 quando no tenga remedio,
 que es necedad no seguir
 de la muger el consejo,
 y de una muger que puede...
 esto basta: no sois necio. *Vase.*

Luis. Esta muger me confunde;
 no me parece que quedo
 bien puesto, sino me aboco
 con Don Pedro: mas primero
 provoqué yo sus enojos,
 y dixo: ya nos verémos;
 templaré, pues, mi furor,
 hasta que me busque él mismo;
 y con mi dama, con él,
 y conmigo cumplo á un tiempo.

ACTO TERCERO.

*Calle á media luz: salen Don Pedro
y Don Francisco.*

Pedro. Esto que te digo pasa.

Francisco. ¿Que te injurió?

Pedro. ¡Friolera!

No me dixo, sino que
me quemaria la lengua.

Francisco. ¿Y tú qué le contestaste?

Pedro. Me revestí de entereza;

con enfático tono,

y mucha prosopopeya,

y le dixe: ya nos veremos,

al punto tomé la puerta.

Francisco. Pero ahora ¿qué resuelves?

Pedro. ¿Quién, yo? Nada. ¿Pues qué piensas,

que yo he de sacar al otro

reñir una pendencia,

exponerme á que me abra

el alma y medio de cabeza,

que tirando el demonio

de la manta descubriera

el pastel, y me embiasen

camino de Cartagena?

Franc. Pero si todo pasó
á la vista de Fulgencia,
y callas como un casado
que vive á merced ajena,
es preciso, una de dos,
ó que á la casa no vuelvas,
ó renunciar de la viuda,
pues tan mal contigo quedas.

Pedro. ¿Quedaré mejor si el otro
una estocada me espeta?
Yo que jamas he sabido
quál es mi mano derecha
para la espada, que en mí
es estorvo, y no defensa,
y estimo tanto mi cuerpo,
como única y sola prenda
que heredé de mis mayores,
(Dios en descanso los tenga)
¿por dimes y por diretes
lo expondria á contingencias?
Ya pasó ese tiempo, hijo:
allá quando las escuelas
cursábamos de Sevilla
con la turba estudiantesca,

hicimos mil travesuras,
y no ignoras que nos cuesta
bien cara la de ha tres años,
pues nos hace andar alerta:
dexémonos, pues, de historias;
á la viuda le interesa
por su opinion, como dicen,
á todo esto echarle tierra;
y á mí tambien por la mia
por lo de antaño, y por ella.

ranc. Amigo, quando los casos
imprevistos se presentan,
la gracia del hombre es
manejarlos de manera,
que salvando la opinion
se eviten las conseqüencias;
y el tuyo no me parece
que es ningun arco de Iglesia.

dro. Pues dime tu parecer.

ranc. Tú has de escribir una esquila
desafiando á Don Luis,
señalando, como es regla,
sitio y hora: yo seré
el portador de las nuevas;
me encontraré con madama,

y la diré si rezela
 que entre Don Luis y entre tí
 hay asunto de querella;
 que yo estoy muy rezeloso
 de hallarte con una fiera
 agitacion nunca vista;
 y que crecen mis sospechas
 con el papel que me encargas
 entregar á Don Luis. Ella
 que es astuta como un diablo,
 lo habrá de estorvar por fuerza;
 yo me encargo de la culpa,
 y tú como un héroe quedas.

Pedro. Y si ella, que es muger,
 (y las hay tan indiscretas,
 que se sacarán un ojo
 solo porque se hable de ellas)
 confiada en su primillo,
 se le pone en la cabeza
 que á mí me zurren el polvo,
 ¿en qué parará la fiesta?

Franc. No seas tan majadero,
 no es muger Doña Fulgencia
 de permitir que su nombre
 el público traiga en lenguas.

Pedro. Dios de la mejor me libre,
por su piedad sempiterna.

Franc. Y si ella no resistiese,
¿yo tan imprudente fuera
que á Don Luis sin mas, ni más
iría á darle la esquila?

Pedro. Pues bien, me pongo en tus manos,
quiera Dios que por bien sea:
vamos ahora á escribir
el papel, ó la pamema.

Franc. Supongo que irás allá
como siempre.

Pedro. En mi prudencia,
es excusado el aviso.

Franc. Pues alon: vamos apriesa.

Pedro. Vamos: el papel envio;
voy á la tertulia, cesa
á las diez: voy á la banca,
pierdo lo poco que resta:
mañana me descalabran,
ó me encaxan en la trena;
esto falta para que
sea la funcion completa.

La misma decoracion que al principio: salen Rosa y Fulgencia, y una criada que pone luz en una mesa, y se retira al instante.

Rosa. Triste estás.

Fulg. Te lo parece.

Rosa. Como siempre manifiestas tan rara jovialidad, que á todo el mundo embelesas, un momento que te falte, ó que reservarla quieras, se hace extraño, y apareces poseída de tristeza.

Fulg. Pues hija, no la conozco; y en verdad que lo sintiera.

Rosa. ¿Por qué?

Fulg. Porque es la alegría el alma de la belleza.

Fulg. La tuya es tal, que podía hermosear á una fea, que es lo peor que hay que ser en mugeres.

Fulg. No lo creas:

¿quieres oír las ventajas que la fealdad presenta?

Pues oye para consuelo

de las pobres que lo sean.
La muger con quien anduvo
cruel la naturaleza,
y la hizo mal parecida,
es una muralla excelsa,
á la que el vicio no asalta
ni el deshonor atropella:
no es ingrata ni arrogante,
presumida ni soberbia,
ni á los casados distrae,
ni á los mancebos altera;
no tiene enfados de niña,
ni pesadumbres de vieja;
no da zelos al marido,
ni en su calidad sospecha,
porque es mensagero libre
que corre por donde quiera;
joya que aunque la hallen todos
para su dueño la dexan;
fruta de cercado ageno
que ninguno la desea;
torre que nadie la embiste,
castillo que nadie cerca,
ciudad que nadie combate,
y pozo que nadie ciega:

es imágen soberana
que todo el mundo respeta;
es un alguacil piadoso
que en vez de prendernos, suelta:
no es la Caba para España,
ni para Troya otra Elena,
ni Dido para Cartago,
ni para Roma Lucrecia:
al contrario, la muger
que de hermosura se precia,
es humano basilisco
que mata á quantos encuentra;
el veneno de los ojos,
y del alma franca puerta
por donde el injusto amor
lanza sus mortales flechas:
es á los padres tormento
en guardarla y defenderla,
y condena á los maridos
á perpétua centinela:
es reclamo al poderoso,
escollo de la inocencia:
por ella dió Salomon
culto á deidades ajenas,
y á los pies de Yole, Alcides

trocó la clava en la rueca:
 por ella el discreto es necio,
 la vista mayor mas ciega,
 el esforzado cobarde,
 y el erudito sin letras:
 de esto puedes inferir,
 que será cosa muy necia
 que las feas desconfien
 ni que blasonen las bellas;
 pues en riesgos y venturas
 creo que corren parejas.

Rosa. ¿Ves todo lo que me has dicho?
 pues me parece quimera:
 todas esas reflexiones
 son muy obvias; las penetra
 qualquiera muger; con todo
 no nos hacen mucha fuerza;
 y al fin lo que mas sentimos
 es el que nos llamen feas,
 injuria que absolucion
 no admite de parte nuestra.

Fulg. Rosita, hablando de sério,
 la hermosura verdadera
 solo en la virtud consiste;
 y para conservar ésta

la fealdad tiene mas
 ventajas que la belleza,
 pues no la arman asechanzas,
 ni la buscan, ni la ruegan.
 Vaya un exemplo comun:
 Al reir la primavera
 nace una rosa lozana,
 y junto á ella una violeta;
 ésta en la frondosidad
 se esconde, y si se presenta,
 ninguno la solicita
 ni aun hace reparo en ella,
 porque la rosa que brilla,
 y entre las ramas descuella,
 con su seductor halago
 toda la atencion se lleva:
 bien la cuida el jardinero,
 pero tantos la rodean,
 que al cabo la pobrecita
 cae en manos del que llega
 en ocasion oportuna,
 el qual luego la desecha,
 porque una vez disfrutada,
 es flor como otra qualquiera:
 ¿y por qué no sucedió

lo mismo con la violeta?
 Ocioso es el declararlo,
 bien notoria es la respuesta:
 la virtud que permanece,
 y no cede en la pelea,
 tiene mérito mayor:
 ¡pero qué pocas son éstas!
 Sí hija mia... pero á Dios,
 porque tengo en la cabeza
 un duendecillo metido,
 que me trae algo supensa:
 cuidado que no te olvides
 de la rosa y la violeta. *Vase.*

osa. Estas viudas aunque queden
 en la edad la mas expuesta,
 á toda debilidad
 de nuestra humana flaqueza,
 al punto que quedan libres,
 cierta autoridad ostentan,
 y se producen lo mismo
 que un Filósofo de Grecia:
 verdad es que este reparo
 no cae sobre Fulgencia,
 pues demas de su talento,
 y aplicacion á las letras...

pero se acerca mi tío, *relájate un poco más en el*
armémonos de paciencia: *no te desprimes*

Sale Don Gerónimo con un candil.

Gerón. Si por el candil de un sábio... *el candil*
muerto... yo no sé en qué tierra *de la tierra*
diéron... yo no sé qué miles *de miles*
de... yo no sé qué monedas: *de monedas*
¿quánto dará por el mio: *de monedas*
allá en la edad venidera *de la edad*
el que justamente aprecie *de la edad*
tan inestimable prenda!
Si fundára un mayorazgo,
esta es la alhaja primera *de la alhaja*
que en la lista de mis bienes *de la lista*
habia de ir por cabeza.

Cuelga el candil en el caballete, y se pone
á pintar.

Rosa. Tío, pintar á estas horas,
¿no es ociosa diligencia?
¿Y con luz artificial?

Gerón. Estarás muy satisfecha
de que me has hecho un reparo,
y no es sino impertinencia:
¿la pintura y poesía
no son dos hermanas bellas?

¿Los versos hechos á moco
 de candil, no se nos cuenta
 que son los mejores? Pues
 por natural conseqüencia
 también serán mucho mas
 acabadas y perfectas
 pinturas hechas á luz
 de candil ó candileja.
 La pintura y la muger,
 dice un refran, á la vela;
 que es lo mismo que decir,
 que tienen mas excelencia
 vistas con luz de artificio;
 por lo qual, siendo mas buenas
 á esta luz para miradas,
 no lo han de ser para hechas?
 sa. Hablé por boca de ganso,
 confieso mi ligereza.
 rón. Acércate á ver el quadro:
 dí, ¿qué tal? Dido es aquella,
 la gran Reyna de Cartago.
 sa. Hermosa está.
 ron. Este es Eneas.
 sa. Muy lampiño me parece.
 rón. Es que aun no tiene puestas

las barbas... ¿mas si será
acertado que las tenga?

¿Si se afeytaría, ó no?

¿Sabes si quando la guerra
de Troya habia barberos?

Rosa. Señor, yo no entiendo de esas
historias.

Gerón. Ni yo tampoco:
vete, y llamame á Fulgencia.

Rosa. Está bien: voy al momento. *Vase.*

Gerón. Véase qué menudencias
se necesita saber
para pintar: ¿quién dixera
que unas barbas más ó ménos
me dexarían suspensa
la accion? dificultad es
que tiene pelos: Fulgencia
me sacará de la duda,
pues tiene instruccion completa.

Sale Don Pedro.

Pedro. Señor, señor; buenas noches.

Gerón. Yo os las deseo muy buenas.

Pedro. ¿Tantó trabajar?

Gerón. Amigo,
es preciso, el que á la eterna

fama aspira, es necesario
 que no perdone tarea;
 porque la inmortalidad
 no es cosa de friolera.

¿Y dónde está Don Francisco?

edro. Yo creí que aquí estuviera.

erón. No lo he visto.

edro. Puede ser

que haya entrado por la puerta

de la otra calle, y esté

allá dentro.

erón. ¡Braba flema!

Quando mas lo necesito...

edro. Veré si está... aunque quisiera

ver ese quadro primero,

porque ya su fama vuela,

y tiene en expectacion

mas de treinta mil cabezas.

erón. Mas de treinta mil abrazos

por esa noticia os diera,

si no estuviese tan lleno

de aceytes y diablos: ésta,

ésta sí que es obra.

edro. Absorto,

y atónito estoy de verla.

*Miran divertidos el quadro, y salen Fulgenci
y Don Francisco.*

Franc. ¿Quedais enterada?

Fulg. Sí.

Franc. Cuidado que nadie sepa,
que yo...

Fulg. Corre de mi cargo;
no temais... ¿Para qué es esta *Se llegan.*
llamada, tio?

Gerón. Ahora á pares
venís, y quando uno encuentra
alguna duda, no halla
á quien preguntarle pueda.

Franc. Dicid, pues, ¿quál es la duda?

Gerón. Hay no es nada: si al Eneas
le he de poner ó no barbas.

Fulg. Es digna de una academia.

Franc. Eso es muy claro, porque
al segundo de la Eneida,
si bien me acuerdo, Virgilio
refiere que en la tremenda
noche de Troya, entre sueños
Hector triste se presenta
á Eneas, y en las señales
con que su pintura ordena,

una es la barba asquerosa,
squalentem barbam, prueba
 de que entónces la traían
 las gentes de aquella tierra.

erón. El ingenio mas profundo
 que crió naturaleza
 es el vuestro, Don Francisco:
 nó en valde yo... pero si ésta
 es muger...

ulg. Como son todas,
 sin ninguna diferencia.

ranc. Lo que yo extraño, señor,
 es que esteis en esta pieza
 trabajando, porque todos
 entran y salen por ella,
 se distrae la atencion,
 la vista y pulso se alteran;
 vámonos al gabinete,
 y allí...

erón. Es justa providencia:
 llevad ese caballete,
 yo llevaré la paleta, *Recoge todo.*
 el caxon de los colores,
 los pinceles, etcetera...

ranc. Si pintais á un Cirineó,

esta actitud es muy buena. *Vans.*

Fulg. Pues solos hemos quedado,
señor Don Pedro, quisiera
por el mio, y vuestro honor,
que me hablaseis con franqueza.

Pedro. Nunca negué la verdad.

No sé de qué color sea. *Aparte.*

Fulg. ¿Conservais resentimiento
contra mi primo?

Pedro. ¿No es fuerza?

¿Os olvidais que me dixo
me quemaría la lengua?

¿Qué hariais en mi lugar?

Fulg. Olvidar la ligereza
de un genio pundonoroso...

Pedro. Señora, si solo fueran
efectos del pundonor
sus razones, resistencia
para sufrirlas, tal vez
tendría; pero se agregan
á la injuria recibida
unas crueles sospechas,
que al furor que disimulo,
mayor alimento prestan:
bien me entendeis; sin embargo,

porque veáis que respeta
 con el extremo mayor
 vuestra opinion mi nobleza;
 en vuestras manos me pongo;
 el corte que en la materia
 diéreis, yo le doy por hecho;
 y esta es la mayor fineza
 que en vuestro obsequio hacer pueden
 caballeros de mis prendas:
 agradézcalo á mi miedo,
 no á mi amor se lo agradezca:
 dadme para entrar á ver
 á vuestro padre licencia.

Aparte.

Luis escuchando.

Alg. Id con Dios, que agradecida
 os estaré de manera.

Sale Don Luis.

Is. Pues la que agradece tanto,
 qué falta para que quiera?

Alg. ¿Qué decís? que no os entiendo.

Is. ¿Y quién habrá que os entienda,

en vuestro pecho se incluye

el laberinto de Creta,

en donde el entendimiento

de las sombras navega?

Fulg. ¿Estais en vos?

Luis. Oxalá

que léjos de mí estuviera,
para no ver desengaños
que hasta el alma me penetran!
¿Para qué, muger cruel,
embarazasteis mi ausencia,
dexándome ver las luces
de la esperanza aunque inciertas?
¿Es propio de una alma noble
que de sensible se precia,
fundar las satisfacciones
sobre desdichas ajenas?
Dexaraisme en mi silencio;
yo habria llevado esta
pasion triste que fomento
en mi corazon secreta;
el tiempo, ó la dura muerte,
que es lo mas cierto, con ella
sin duda acabado habrian;
mas sacárme con cautela
la confesion de un amor
que ocultaba, por la inmensa
distancia que nos separa,
y abusar de la flaqueza

de mi pasión amorosa,
 hasta reducirme á verla
 sacrificada á un rival,
 es un género de ofensa,
 una especie de delito
 que en perfidia degenera;
 pero no se alabará
 ese rival que os encuentra
 tan dulce y agradecida
 de conseguir lo que intenta:
 por eso le defendiais,
 por eso de sus finezas
 deciais que eran tan solo
 galanterías discretas;
 pero puesto que vos misma
 dais oportuna materia
 á la llama que encendió
 aquella injuria primera,
 vive el cielo que resuelto
 á una venganza sangrienta,
 ó le he de quitar la vida,
 ó yo he de quedar sin ella.
alg. Dios mio, ¡qué torbellino!
 ¡qué lástima de cabeza!
 ¡Sabeis por qué os he oído

con tantísima paciencia?

Luis. El convencimiento embarga
el ejercicio á la lengua.

Fulg. No es eso, sino que os miro
como al que tiene flaqueza
de estómago, y los vapores
que á su cerebro se elevan,
mil fantásticas visiones
al pobre le representan;
no es de despreciar un hombre
que un poco zeloso sea;
pero tanto como vos
el diantre que le sufriera:
lástima es no hayais nacido
en los tiempos que nos cuentan
las fábulas de Amadis,
y Don Belianis de Grecia,
para caballero andante
erais alhaja estupenda:
yo no he de satisfacer
esos zelos ó quimeras,
que soy muger que á sí propia
como es justo se respeta,
y yo debo el alma á Dios,
y nada á nadie en la tierra;

sin embargo , por muger,
 ó por querida (vaya esta
 lisonjilla por empeño)
 ¿no me haréis una fineza?

uis. Decid. *Muy serio.*

ulg. ¡Jesus, y qué adusto!
 ¿Sabeis lo que yo tan tierna
 agradecia á Don Pedro?

Pues era olvidarlo todo
 por mi opinion; yo quisiera
 que vos hicierais lo mismo,
 sin embargo de esta esquila
 en que á desafio os llama,
 y una rara contingencia
 raxo á mi poder, que debo
 decirlo así, porque sepa
 que no soy muger que quiero
 exar su opinion mal puesta:
 ¿qué decís?

Quiere irse.

s. Que el cielo os guarde.

Deteniéndole.

g. Oid, esperad: ¿qué intenta
 nuestro temerario arrojjo?

s. Morir, ó matar.

Fulg. Ya es esa

loca desesperacion;

quando mi opinion no os mueva,

decidme: ¿dónde aprendisteis

tan perniciosas idéas,

máximas tan detestables

y horrorosas?

Luis. En la escuela

del honor.

Fulg. Hombre cobarde;

pues lo es el que profesa

seguir unos sentimientos

tan contra naturaleza,

¿escuela llamais de honor

la que fieramente enseña

máximas tan sanguinarias

y opiniones tan perversas?

¿Quién os enseñó el horrible,

el espantoso sistema

de ó bien matar ó morir,

por una expresion ligera,

hija de un aturdimiento,

ó bien de la inconseqüencia?

Porque, no dudeis, un duelo

es una bárbara scena,

en la que el hombre el papel
 mas odioso representa,
 pues temerario pretende
 sostener á viva fuerza
 efectos de un loco orgullo,
 preocupaciones ciegas,
 por un crimen mas horrible
 y cruel que todas ellas:
 y aunque penseis que me ostento
 bachilleramente necia

(bien que no son repugnantes
 en las mugeres las letras)
 cuándo los hombres, que mas
 enemigos nos presenta
 a historia, se provocaron
 el duelo á las contingencias?
 Cuando Cayo Mario y Sila,
 el grande Pompeyo y César,
 y otros muchos que no cuento,
 acometieron la baxeza
 de decidir cuerpo á cuerpo
 sus ódios y diferencias?
 Temeis la opinion del pueblo
 sumergido en las tinieblas
 de una estúpida ignorancia,

y no la de aquel que pesa
y exâmina las acciones
á la luz de la prudencia?
Por fin, pues mis reflexiones
no ablandan vuestra dureza,
apartaos de mi vista,
no esteis mas en mi presencia,
que si algun tiempo he podido
tener voluntad dispuesta
á pagar de vuestro afecto
las pretendidas finezas,
yo os aborrezco y detesto;
y primero consintiera
mi muerte, que ser esposa
de un hombre, cuya alma llena
de espíritu y de venganza,
sin compasion, sin clemencia,
en el rigor se complace,
en la crueldad se ceba,
sediento de sangre vive,
se forma falsas idéas
del honor, atropellando
la humanidad que desprecia,
es descrédito del hombre
y de la naturaleza.

Quiere irse, y la detiene.

is. Esperad.

lg. Si os vais.

is. Oidme.

lg. No puede ser.

is. Mis sospechas.

lg. Nada.

is. Pero...

lg. Ea, dexadme.

is. Mi respeto.

lg. Me molesta.

is. Pero atendedme.

lg. Es en vano.

is. ¿Qué me aborreces?

lg. De veras.

is. ¿De veras?

lg. Con toda el alma.

is. ¿Y mi esperanza?

lg. Ya es muerta.

is. Vive Dios...

lg. ¿Me amenazais?

Sale Don Matías.

Señor, ¿qué voces son estas?

¿beis quedado tan frios

no aquel que va á la espera

en una noche de invierno

á la luna descubierta:

¿qué ha habido? ¿no respondeis?

Vete, sobrino, allá fuera:

¿en qué te detienes? Marcha.

Luis. Respondo con la obediencia.

El ausentarme es preciso,

no hay remedio. ¡O noche! Vuela.

Vase.

Mat. Vaya, hija mia, ¿qué es esto?

Fulg. Esto es, que de una centella se origina un grande incendio.

Mat. Es verdad: echando yescas

en el campo el otro dia,

se me cayó un poco de ella,

ý en ménos de diez minutos

se levantó tal hoguera,

que sino acudo al remedio

con la mayor diligencia,

quarenta leguas de monte

sin duda alguna se queman.

Pero en suma, ¿qué tenemos?

Fulg. Don Pedro, por la licencia

que se le permite en casa,

con la mayor ligereza

ne dixo...

ut. Quatro requiebros,
 viros al ayre: piruetas:
 ogonazos sin estar
 epreparada la escopeta:
 rosigue.

ig. Oyólo mi primo,
 se enojó de manera,
 ue estan ya para salir
 esafiados.

t. Fulgencia,
 qué es lo que dices? Advierte
 ue eso ya es cosa muy séria:
 onviene no descuidarnos,
 atajar las conseqüencias:
 me tu opinon, despacha.

g. Yo pienso que se pudiera...
 . Pronto, pronto: al caso, al caso:
 es asunto para treguas.

Sale un Criado.

do. Señor, el perro pachon
 ha dado una pataleta,
 el pobre está agonizando
 a tanta bocaza abierta.

Maldito, ¿qué es lo que dices?

¿Y te estás con tanta flema?
 Todo el Proto-Medicato
 llama al punto: apriesa, apriesa:
 vino, romero, aguardiente:
 vamos, vamos.

Fulg. No es materia
 para dexar un asunto
 tan importante...

Mat. Esa es buena:
 sane mi perro, y esotros
 mas que vivan, ó que mueran.

Vase, y el Criado.

Fulg. ¡Que de una loca manía
 arrastre tanto la fuerza!

¿De quién tomaré consejo
 en ocasion tan estrecha?

Mas yo observaré á Don Luis;
 puede ser que le contengan
 mis reflexiones; y en fin,
 quando otra cosa no pueda,
 me valdré, como es razon,
 de la autoridad suprema,
 para que cortando el lance,
 nada mi opinion padezca:
 ¿mi opinion? ¿y nada mas?

¿esto solo me interesa?

¿y el primo no entra á la parte?

¿no es algo en esta materia?

ena dentro estruendo como de haberse prendido fuego á una porcion de pólvora, y de quemarse maderas y trastos, y dichos los últimos versos de Fulgencia salen todos por diversas partes asustados, ménos un criado.

Mas válgame Dios, ¿qué es esto?

entro voces. ¡Socorro, cielos, clemencia!

lg. ¡Qué melancólicas voces!...

rón. ¡Qué estruendo!...

et. ¿Qué bulla es esta?

¿qué ha habido aquí? estoy temblando.

Sale un Criado.

ado. No haya miedo, y valga flema,

mucho ruido y pocas nueces.

Todo es una friolera.

rón. ¿Pero qué ha sido?

ado. No es nada,

nada, señores.

t. ¿Qué apuestas,

que si gastas mas prosa,

aplasto yo la cabeza?

Criad. Pues esto es, que junto al fuego
 la pólvora estaba puesta
 para secarse, y el diablo
 que en estas cosas se mezcla,
 dispuso que se prendiese:
 por fortuna estaban fuera
 las criadas, que asustadas
 del estrépito se alteran,
 y á voces...

*Sale el Juez con la ronda, y luego que le
 quedan asustados Don Pedro y Don Fran-
 cisco procurando ocultar sus rostros.*

Juez. El cielo os guarde:
 llamado de la extrañeza,
 del estruendo y de las voces,
 que en aquesta casa suenan;
 con la justa obligacion
 de mi cargo no cumpliera
 sino subiese á informarme
 de la causa.

Mat. Una simpleza
 es todo: soy cazador,
 y con grande inadvertencia
 puse á secar junto al fuego

una pólvora muy buena...

vez. Lo comprehendo. ¿Ha habido daños?

diado. Toda la cocina queda

destruída, y las criadas

con el susto medio muertas.

vez. Acudir á remediarlas

es la primer diligencia.

diado. Voy: no necesitan mas

que vinagre ó agua fresca,

ó un trago de caláguala:

yo, yo basto á socorrerlas. *Vase.*

vez. Vuestro descuido, señor,

yo castigarlo debiera:

el barrio está alborotado,

y por una contingencia

favorable y bien extraña,

no hay daños: esto me templa,

pero en adelante os pido...

mas sino mienten las señas,

conozco á estos caballeros.

dro. Caímos en la ratonera

sin poderlo remediar.

anc. ¿Si habrá que comer en Ceuta?

sa. Parece que estan temblando.

is. ¡Qué demudados se muestran!

Gerón. Este es Don Pedro Avendaño.

Juez. Sea muy enhorabuena.

Gerón. Y ese Don Francisco Vargas.

Juez. De respetable nobleza

son entrambos apellidos;

pero no se honran, se afrentan

en esos hombres tan viles:

prendedlos.

Mat. Señor, en esta

casa...

Juez. En ésta, y en todas

en que la justicia encuentra

hombres perdidos é infames

que el órden social alteran,

debe asegurarse de ellos.

Luis. La equivocacion pudiera...

Juez No señor: estoy seguro:

yo esperaba con cautela

á executar su prision

luego que de aquí salieran:

el acaso del estruendo

me obligó á entrar, y á las puertas

dexé una parte de ronda

para que no se me liuieran:

ese es Francisco del Monte,

el otro Pedro Labriega,
 estudiantes en Sevilla,
 cuando yo de aquella Audiencia
 era Ministro: se huyéron
 de las vivas diligencias
 que para prenderlos hice
 por hombres de una perversa
 vida, falsarios, taures,
 otros crímenes, que fuera
 muy molesto el referirlos,
 de los que darán cuenta
 disculpa si la hallan,
 cuando conveniente sea.

ro. A Dios con la colorada.

nc. Cayóse la casa acuestas.

z. El cielo os guarde, y mirad
 qué peligrosa imprudencia
 el admitir las gentes
 a exámen ni reserva.

Vanse llevándoselos atados.

D. Francisco es todo un hombre.

Burlándose.

D. Pedro es hombre de prendas.

El buen Avendaño.

Gerón. El Vargas.

Fulg. Lo peor de toda esta máquina es, que yo me quedo en mi viudez lastimera, y Rosa tambien sin novio.

Ros. ¿No hay mas hombres en la tierra?

A Don Luis.

Fulg. ¿Y vos iréis á la cárcel á concluir la pendencia?

Luis. Dexadme, que estoy sin mí.

Mat. Todo esto se concluyera grandemente...

Gerón. ¿De qué modo?

Mat. Dando la mano Fulgencia á Don Luis nuestro sobrino, y todo en casa se queda.

Gerón. Un quadro de desposorios te he de hacer por esa idéa

A Ella.

tan bien pensada. Supongo...

Fulg. Yo, hija soy de la obediencia...

Esta es mi mano, tomad, y tened más mundo.

Luis. Esta

erá la mano que guie
mis acciones por la senda
de la vida.

los. Y fin dichoso
quí la comedia tenga.

F I N.

